

NACIÓN Y ENAJENACIÓN: MODELOS DE IDENTIDAD EN LA LITERATURA COSTARRICENSE

Álvaro Quesada Soto

ABSTRACT

The purpose of this article is twofold. It seeks to research certain historic problems related to the formation process of a national conscience and identity. It also examines how the writers who conceived the project of creating a national literature in our country addressed these problems.

Este artículo se propone investigar algunos problemas históricos, relacionados con el proceso de formación de una conciencia y una identidad nacionales en Costa Rica, y estudiar de manera paralela cómo esos problemas son asumidos en los textos literarios de las dos primeras generaciones de escritores que se plantean el proyecto de crear una literatura nacional en nuestro país.¹

1. Nación y modernidad: lo propio y lo ajeno

La exportación de café a Inglaterra, que se consolida hacia mediados del siglo XX, al mismo tiempo que se proclamaba la República de Costa Rica, transformó por completo a la más pobre y aislada región de América Central. Con el desarrollo del capitalismo agrario se introduce el "progreso" capitalista y la "modernidad" europea. Todo el país se organizó entonces en función de la exportación de café para el mercado internacional, aunque no todos los sectores de la población tuvieron igual acceso a las bondades del mercado, el progreso y la modernidad.

Una oligarquía agroexportadora monopolizó el beneficio y la exportación del grano, el crédito proveniente del exterior, y la distribución interna de productos industriales importados. Gran parte de la producción cafetalera quedó, sin embargo, en manos de pequeños productores directos que dependían de la oligarquía para la financiación y la venta de sus cosechas. A diferencia de otros países latinoamericanos, la mano de obra servil o esclava no fue significativa en la producción económica de Costa Rica.

El dominio económico de la oligarquía, se complementó con variados mecanismos que garantizaban el dominio político. Estos recursos cubrían desde el matrimonio endogámico, que restringía el acceso a los privilegios del poder a cualquier otro grupo, hasta la exigencia de poseer un determinado capital o saber leer y escribir para los que ocupaban cargos de gobierno. Sólo esta última restricción excluía, durante todo el siglo pasado, a cerca de un ochenta por ciento de la población que era analfabeto.

El monocultivo del café determinó así, tanto el ingreso del país en el camino del progreso y del mercado internacional, con un ordenamiento relativamente democrático, cuanto la distribución desigual de los beneficios del progreso y los derechos democráticos entre los costarricenses. Determinó también los límites de un eventual desarrollo histórico sostenido y autónomo, al cerrar las posibilidades de un desenvolvimiento industrial propio y hacer depender la sobrevivencia de la flamante nación de los avatares de un producto agrícola en el mercado internacional, dominado por los países industriales desarrollados ².

El capitalismo agrario, la dependencia económico-política y la democracia restringida, fueron factores determinantes para el proceso de formación de una identidad nacional y cultural en la joven república. La dependencia económica del financiamiento externo y del mercado capitalista internacional determinó desde un principio el carácter precario de una identidad nacional que nacía bajo el signo de la enajenación: la identificación de las necesidades propias de la incipiente república con los intereses ajenos de las metrópolis capitalistas. No bien acababa de fundarse la República independiente en 1848, cuando su primer presidente y fundador, José María Castro, presentaba una solicitud oficial ante el gobierno británico para que éste aceptase convertir a Costa Rica en un protectorado inglés (Palmer, 1992).

Para las últimas décadas del siglo XIX la oligarquía cafetalera había logrado consolidar su posición como clase dominante e intentará consolidar también, bajo su égida, un estado nacional con sus correspondientes aparatos ideológicos uniformados bajo el signo del "liberalismo" político y del "positivismo" filosófico. A partir de 1870 se inicia un proceso económico, político e ideológico alrededor de los intereses y necesidades de los cafetaleros.

Este esfuerzo se vio legitimado mediante un proceso paralelo de unificación ideológica alrededor de un concepto de nación, que permitiera identificar la hegemonía oligárquica con los intereses nacionales. En este proyecto jugó un papel predominante la educación estatal. A partir de la década de 1880 la educación jugará un papel cada vez mayor - sustituyendo paulatinamente al ejército como aparato represivo- en la formación de un "consenso" que tiende a introyectar como propios de todo ciudadano nacional los designios de la élite dominante. El aparato ideológico sustituye paulatinamente al aparato militar y la manipulación de la conciencia a la violencia física, como medio de represión de los intereses y aspiraciones de los grupos marginados en estado liberal costarricense³. A partir de entonces las luchas, enfrentamientos y acomodamientos sociales en Costa Rica habrán de expresarse y dirimirse -con muy contadas excepciones que sólo confirman la regla- por medios pacíficos y civiles antes que por la coerción violenta o las dictaduras militares.

Es obvio, sin embargo, que este proceso de homogenización ideológica y de formación de una conciencia o identidad nacional que respondiera al proyecto hegemónico del "liberalismo" oligárquico, no podía desarrollarse de manera uniforme y unívoca sin generar múltiples tensiones y contradicciones.

Se advierte, en primer lugar, una contradicción fundamental entre la tendencia centrípete a la unidad y la asimilación al paradigma oligárquico de grupos sociales con intereses o prácticas contradictorios, y las tendencias centrífugas que generan los choques y resistencias de los grupos marginados, contra un modelo de "realidad nacional" que tiende a reprimir, silenciar o excluir su participación o su existencia⁴.

Se advierte, en segundo lugar, una contradicción en el interior del propio proyecto *nacional*, que oscila entre la identificación con los modelos económicos, políticos e ideológicos metropolitanos -europeos, en un principio, estadounidenses, más tarde- y el esfuerzo por construir una identidad y una cultura nacionales que pudieran concebirse como propias y autóctonas.

Aparece, en tercer lugar, una contradicción en las concepciones y prácticas del liberalismo oligárquico, incapaz de conciliar los halagos de la "tradición" patriarcal con las exigencias del "progreso" capitalista; máxime cuando este último llevaba en su seno el germen de la enajenación: la sujeción del desarrollo nacional a las demandas de un mercado internacional dominado por intereses ajenos.

Así, el proceso de formación de una identidad nacional que respondiera a las exigencias del estado liberal costarricense, oligárquico y periférico, quedaba marcado, de manera inconsciente pero indeleble, por un múltiple juego de identificación y enajenación, que confundía las aspiraciones nacionales con los intereses *oligárquicos* y las necesidades propias con los ordenamientos *ajenos*.

Aunque marcado por esos desgarramientos y tensiones, en las últimas tres décadas del siglo XIX se logra consolidar, con escasa violencia, un orden político y jurídico que permitirá al joven país identificarse y ser reconocido como un estado nacional en el concierto internacional. En 1871 el dictador Tomás Guardia expidió una Constitución liberal que rigió casi ininterrumpidamente hasta 1949. En la década de 1880 se llevó a cabo -mediante una serie de reformas políticas y jurídicas- la deleitación definitiva del estado y la iglesia, y de la sociedad civil y el estado. Las transformaciones provocadas por la consolidación del estado nacional y el proceso de "invención de la nación" (Palmer, 1972) concomitante, abarcaron todos los ámbitos. Las leyes, los códigos, la educación, hasta el aspecto físico de la ciudad capital cambiaron: un acelerado proceso de urbanización transformó en pocos años San José. Un escritor norteamericano que visitó el país en los primeros años de este siglo describía a San José como "una metrópolis en miniatura", y señalaba cómo a pesar de su pequeñez mostraba "signos de progreso por todas partes": alumbrado eléctrico, tranvía eléctrico, telégrafos, teléfonos, ferrocarriles, un gobierno "equipado con toda la maquinaria que tendría el de un país mucho más grande", y un Teatro Nacional "tan hermoso y tan bien proveído como cualquier teatro de Nueva York" (Casement, 1905: 52-53. Traducción nuestra). Al mismo tiempo el proceso de "invención de la nación" se consolidaba mediante monumentos e instituciones encargados de cimentar los mitos, héroes, orígenes y patrimonio comunes: en las últimas dos décadas del siglo pasado se "inventa" un héroe nacional -Juan Santamaría- y una gesta nacional -la hasta entonces campaña centroamericana contra Walker en 1856- mientras se inauguran los Archivos Nacionales, la Biblioteca Nacional, el Teatro Nacional, la estatua del héroe nacional Juan Santamaría en Alajuela y el Monumento Nacional colocado en el Parque Nacional para conmemorar la Campaña Nacional de 1856. Por otra parte, los diarios y las revistas culturales que se consolidan hacia finales de siglo, contribuyen también desde sus páginas, donde se confunden las noticias y las producciones lite-

rarias nacionales e internacionales, donde se difunden las fotografías y grabados que van conformando una iconografía nacional, a crear el sentimiento de comunidad anónima y tiempo homogéneo y simultáneo, que Anderson consideraba como propio de las "comunidades imaginarias" denominadas naciones (Anderson 1983; Ovares 1994).

Junto a esos signos de progreso y consolidación de la nación, en la incipiente "urbe" josefina aparecieron también, en los linderos del cambio de siglo, otras señales de transformación igualmente significativas, pero que no todos los contemporáneos supieron o quisieron registrar. Como producto de un lento, paulatino, pero implacable proceso de proletarización del antiguo campesino, surgía un nuevo conglomerado social, una "plebe" urbana formada por grupos de artesanos, obreros y empleados públicos (Acuña, 1986). Con la aparición de esa plebe urbana se planteó también la "cuestión social" en Costa Rica: surgieron los primeros esfuerzos de organización política alternativa y de lucha por el mejoramiento de la vida popular, al mismo tiempo que aparecían los primeros indicios de descentramiento del discurso "nacional" oligárquico como un discurso oficial autoritario, un monólogo de la oligarquía dominante que se imponía como única voz nacional, rehusaba el diálogo y silenciaba las voces de los otros (Quesada 1988 y Morales 1993).

2. "La generación del Olimpo"

El proceso de gestación del estado generó una cierta división del trabajo en el seno de la oligarquía, de donde surgió una pequeña élite de escritores, intelectuales y políticos. De ese grupo, conocido en Costa Rica como los primeros "clásicos" de la literatura nacional costarricense. Constituye la "generación del Olimpo" una serie de autores, nacidos en las décadas de 1850 y 1860, entre los que figuran Manuel de Jesús Jiménez (1854-1916), Jenaro Cardona (1863-1930), Magón (Manuel González Zeledón, 1864-1909), Ricardo Fernández Guardia (1864-1950).

El período de juventud y formación de estos escritores coincide con la etapa de consolidación del estado y la "invención de la nación", bajo la égida de la oligarquía liberal, en la década de 1880. Así, el papel histórico-literario e ideológico que cumplieron esos autores, consistió en elaborar un modelo de cultura nacional que respondiera a las interrogantes que planteaba el proyecto político del liberalismo oligárquico.

Ellos inician, en las postrimerías del siglo XIX, las primeras discusiones teóricas sobre la "literatura nacional", sus posibilidades, limitaciones y necesidades. Son ellos los que forjan, desde diversas perspectivas, las primeras elaboraciones literarias de la mitología nacional costarricense. Pero ese proceso no se llevó a cabo sin hondas resistencias y contradicciones. En los textos de esos intelectuales y escritores se advierte un profundo desgarramiento entre su identificación con los moldes culturales de las metrópolis europeas, como modelo "universal" de cultura, y la vaga intuición de formar parte de otra realidad y otra cultura "nacionales", no plenamente coincidente con el paradigma eurocéntrico. Sus escritos expresaron también -consciente o inconscientemente- las dificultades, resistencias y reticencias para incluir las manifestaciones de la vida y la cultura populares o vernáculas -sin negarlas, reprimirlas o discriminarlas de alguna manera- en su modelo de cultura nacional. Por otra parte, ese modelo circunscribía la cultura

nacional a la vida en el Valle Central, asiento de la agricultura cafetalera. Con un criterio en donde se mezclaba la discriminación cultural con la discriminación racial disimulada, vastas áreas culturales étnico-geográficas, como la cultura indígena, la cultura guanacasteca de las regiones ganaderas y mineras del norte, o la cultura afrocaribeña de las plantaciones bananeras de la costa atlántica, fueron simplemente ignoradas y cercenadas (o lo que es casi lo mismo, convertidas en exótico "folclor") por el modelo dominante de identidad o cultura nacionales.

Durante la década de 1890, en varios periódicos y revistas se entabló una apasionada polémica en que "cosmopolitas" y "nacionalistas" discutieron si la realidad o el pueblo costarricense eran lo suficientemente "poéticos" para dar origen a "sensaciones" o producciones "artísticas". El escritor y filólogo Carlos Gagini se quejaba en 1894 de cómo "nadie se ocupa de estudiar nuestro pueblo y sus costumbres desde el punto de vista artístico"⁵. El escritor e historiador Ricardo Fernández Guardia replicó:

El país que después de muchos siglos de existencia y prosperidad logra tener arte y literatura nacionales, ha llegado a la más alta cima de su civilización, y así se dice el arte griego, el arte romano, la literatura francesa, las letras españolas. ¿Y cuándo le parece a usted que podría decirse el arte o la literatura costarricense? Yo, Dios me lo perdone, me imagino que nunca...Mi humilde opinión es que nuestro pueblo es sandío, sin gracia alguna, desprovisto de toda poesía y originalidad que puedan dar nacimiento siquiera a una pobre sensación artística (Fernández, 1894).

No obstante, ya hacia 1900 se había publicado una serie de obras que la crítica literaria costarricense ha venido a considerar como sus primeros "clásicos": una literatura que se esforzaba por asimilar o reelaborar, partiendo del juego de posibilidades, tabúes o contradicciones que imponía el orden del discurso nacional oligárquico y el orden de los discursos metropolitanos introyectados como único modelo universal de "civilización", un modelo de cultura nacional que respondiera a circunstancias históricas particulares e inéditas.

Ya hacia 1900 los términos de la polémica sobre "nacionalismo" en la literatura, había variado sustancialmente. Nadie volvió a poner en duda la posibilidad de que llegara a existir una "literatura artística" sobre "asuntos nacionales"; el propio Fernández Guardia publicó en 1901 una colección de *Cuentos Ticos* sobre temas costarricenses y en 1902 *Magdalena*, una "comedia de costumbres nacionales". Lo que se planteó a partir de entonces -y siguió siendo una cuestión central en toda la literatura costarricense- fue el problema del tratamiento de esos temas o asuntos: la aplicación de la semiosis literaria europea, reconocida como modelo universal de "literatura cultural", a una entidad nacional surgida de circunstancias histórico-sociales y culturales muy diversas, cuyas prácticas significantes no se asimilaban sin resistencia al paradigma cultural europeo.

Uno de los principales fenómenos que debe tenerse en cuenta al estudiar la producción literaria costarricense es la vacilación semiótica -ante la ausencia de una tradición que ofreciera cánones reconocidos de identidad o de cultura nacionales- entre modelos de realidad propia y los modelos de realidad ajenos. De aquí la tendencia de muchos escritores a reproducir en sus obras los estereotipos culturales europeos -incluso en el tratamiento de temas y motivos nacionales- y su resistencia a incluir las manifestaciones del lenguaje, la vida y la cultura populares o vernáculos en su modelo de "cultura nacional".

Por ejemplo, el lenguaje vernáculo -tanto los costarrriqueñismos como el "voseo"- sólo se admitieron en ciertos géneros "criollos" o "menores", como el "cuadro" o "artículo" de costumbres, la "conchería", o los "juguetes cómicos". En los cuentos y novelas o en los dramas "serios", el voseo o las formas del vernáculo sólo se utilizaban de manera muy limitada y siempre discriminada, para "tipificar" personajes populares y campesinos, o para mostrar su pobre educación y su ignorancia. A los personajes de la clase alta o media, en cambio, se les hace hablar de "tú" o de "vosotros" y utilizar un léxico peninsular ajeno a los usos discursivos del país. Eran formas que a los oídos costarricense sonaban artificiales y postizas, pero que correspondían al paradigma oligárquico-metropolitano del lenguaje "culto" o "literario". La misma discriminación tiene lugar en el enfoque de los personajes campesinos o las tradiciones populares, que sólo tenían acceso a ciertos géneros considerados menores, como el "cuadro de costumbres" y los "juguetes cómicos", en donde eran tratados invariablemente de manera caricaturesca, satírica, o sujetos a una tipificación "folclórica" que los reducía a objetos exóticos, pintorescos y divertidos ⁶.

La imagen de la sociedad nacional en los autores de la generación del Olimpo es la de una sociedad en transformación, que reunía en su seno dos discursos sociales opuestos: uno que pudiéramos llamar "tradicional" y otro que pudiéramos llamar "modernizante". Las obras del Olimpo ofrecen la imagen de un mundo en transición, donde los antiguos valores tradicionales se encuentran en proceso de disolución, sustituidos por los nuevos criterios de la modernidad, los valores de cambio y las relaciones mercantiles de capitalismo.

Sin embargo, esos discursos y puntos de vista opuestos, así como el proceso de transformación social, no aparecen en el mayor parte de los textos del período como excluyentes, ni claramente delimitados, ni con una valoración unívoca, sino que más bien se superponen, sujetos a diversos grados de ambivalencia. A pesar de que la mayoría de los autores de la generación del Olimpo se autodenominan "liberales", sus textos literarios expresan cierta desconfianza hacia las consecuencias sociales y morales de las "nuevas ideas", el individualismo burgués, el progreso capitalista y el crecimiento de las relaciones mercantiles; y no deja de haber en todos ellos, en mayor o menor grado, un dejo de nostalgia por la "moralidad", el "orden y concierto", asociados al respeto de las "costumbres" tradicionales. Las diversas posiciones y actitudes generan una serie de temas tópicos que se repiten o entremezclan con distintas variantes en los textos del período.

Un primer tema, propio de los "cuadros de costumbres" y las "tradiciones" o "crónicas" históricas, estaría constituido por una reproducción ambivalente, donde la idealización nostálgica se entremezcla con un cierto distanciamiento irónico o burlón, de ciertas anécdotas, ritos y costumbres patriarcales o campesinos que habrían constituido, en la reproducción de los autores, la "edad de oro" (Quesada 1986, Ferrero 1986, Ovares y otros 1993), el paraíso perdido o a punto de perderse, de los valores y tradiciones nacionales. Según la posición social o ideológica de los autores, esa "edad de oro" podía ubicarse en el pasado histórico colonial (*Crónicas coloniales* de Fernández Guardia), el pasado histórico republicano (*Cuadros de costumbres* de Manuel de Jesús Jiménez), la infancia del autor (relatos costumbristas de Magón), o en el mundo de los ritos y tradiciones de la vida campesina (*Concherías* de Aquileo J. Echeverría).

En forma paralela a esta indagación sobre la "edad de oro", apareció una serie de relatos y novelas que procuraban ofrecer una representación más "realista" o "naturalista" de los

problemas morales y sociales que planteaba la sustitución de las costumbres tradicionales por las nuevas relaciones mercantiles introducidas por la modernidad capitalista. En términos generales, estos relatos se organizan alrededor de un eje temático básico: la degradación del núcleo familiar tradicional y los valores que le dan cohesión y sentido (Quesada Soto 1989, Ovares y otros 1993), como símbolo de un proceso de descomposición social y moral del país. Este tema se expresa través de una serie de motivos que trataremos seguidamente de deslindar, aunque es necesario tener en cuenta que en los textos aparecen siempre imbricados, entremezclados e interrelacionados unos con otros.

Un motivo constante, que adquiere muy variadas expresiones, es el poder del dinero y los valores de cambio como elementos corruptores y disociadores de las relaciones humanas (individuales, familiares, sociales, o nacionales).

Este motivo se asocia frecuentemente con otro: el motivo del "gamonal" o campesino enriquecido (Quesada 1986), campo de fuerzas contradictorias donde se enfrentan el sumiso campesino patriarcal y el advenedizo nuevo rico burgués. Las pretensiones de los gamonales de utilizar su poder económico como instrumento de ascenso social y político, generan siempre en estos textos un tratamiento irónico o satírico, cuando no abiertamente despectivo, por parte del narrador. Esos dos motivos aparecen así asociados en *El primo* de Jenaro Cardona (Quesada 1986), *La propia* de Magón (Quesada 1986, Ovares y otros, 1993), *Don Concepción* de Gagini (Quesada 1986b) o *El hijo de un gamonal* de González Rucavado.

Los dos motivos anteriores (unidos o por separado) se entrelazan frecuentemente con un tercero: el de las relaciones entre el campo o la hacienda cafetalera (concebidos casi siempre como santuario de las costumbres tradicionales y baluarte de la identidad nacional) y la ciudad (crisol de fuerzas e intercambios sociales donde se disuelven o corrompen los valores y vínculos tradicionales) (Quesada Soto 1989). Los tres motivos aparecen entrelazados, por ejemplo, en *El primo* de Cardona y *La propia* de Magón.

Un cuarto motivo aparece con frecuencia asociado a alguno o varios de los anteriores: la seducción insidiosa que ejercen ciertas ideas o prácticas "exóticas", provenientes del extranjero, sobre las "tradiciones y costumbres nacionales". En la exposición de este motivo reaparece la ambivalencia oligárquica ante la realidad propia y los modelos ajenos. El extranjero es al mismo tiempo una voz aliada que introduce la civilización y el progreso y una voz ajena y hostil que amenaza con la "absorción" y la disolución de la identidad nacional (Quesada 1988, Ovares y otros 1993). Esta ambivalencia es especialmente notoria en novelas como *El problema* (1899) de Máximo Soto Hall, *El árbol enfermo* (1918) y *La caída del águila* (1920) de Carlos Gagini, donde la influencia norteamericana aparece simultáneamente como factor de progreso económico y factor "absorbente", que amenaza la integridad de las costumbres y la soberanía nacionales (Durán 1985, Quesada 1988, Ovares y otros 1993).

Un quinto motivo frecuente en los textos del Olimpo, es el de la relación erótica extramarital o heterogámica que, al transgredir los marcos de la familia y la moral oligárquico-patriarcales, se advierte también como amenaza a las costumbres y a la identidad nacional. Como norma, en las obras de la generación del Olimpo el matrimonio endogámico, la sumisión femenina a su papel doméstico y a la autoridad masculina, el respeto a los tabúes de la "honra" y de la virginidad, así como la fidelidad marital (sobre todo por parte de la mujer), se conciben como "tradiciones" cuyo respeto es necesario para salvaguardar y mantener la identidad nacional

(Quesada 1990). *Magdalena* de Fernández Guardia (Quesada 1993), *El primo* de Cardona, *El árbol enfermo* de Gagini, *La propia* de Magón, ofrecen distintas variantes de este motivo, asociado a varios de los mencionados anteriormente.

En términos generales, en las representaciones de los autores de la generación del Olimpo los conflictos sociales, políticos e ideológicos, vendrían a resolverse en un punto conciliatorio donde se equilibran la "tradición" heredada y el "progreso" capitalista. En el logro de ese equilibrio jugaría un papel determinante la educación, instrumento adecuado para procurar una mentalidad emprendedora y progresista, que preservara al mismo tiempo el debido respeto a las "tradiciones y costumbres" oligárquicas. Así se evitaría la caída en los excesos disolventes del individualismo mercantilista, el socialismo sedicente o el feminismo libertino, prácticas "exóticas" que se introducían desde el extranjero, disimuladas bajo la seductora envoltura de la modernidad y del progreso.

De esa manera, la defensa de la identidad nacional se identificaba, para estos autores, con la conservación del sistema de relaciones sociales que garantizaba el dominio de la oligarquía. La pureza de aquellas tradiciones aparecía amenazada, en las representaciones ideológicas de los intelectuales del Olimpo, por dos fuerzas igualmente transgresoras y subversivas. Una era el creciente poder del dinero en manos de "gamonales", comerciantes y "nuevos ricos", así como la creciente influencia económica de empresas y gobiernos extranjeros que amenazaban la soberanía nacional. Otra fuerza era la constituida por las "nuevas ideas": por un lado, las ideas de reforma social y participación popular en la vida política, que adquirían vigor con la emergencia de la abigarrada "plebe" urbana; por otro lado, los despuntes feministas que atentaban contra la concepción patriarcal de la familia y el matrimonio, garantía de dominio para la oligarquía semiaristocrática protegida por lazos endogámicos (Quesada 1993).

Los textos del Olimpo, sin embargo, expresaron también, al mismo tiempo que la nostalgia por la conservación de la "edad de oro" de las costumbres oligárquicas, su caducidad y disolución ante el embate de las nuevas fuerzas y los nuevos valores (o disvalores), que disolvían irremisiblemente los presupuestos que forjaron el modelo de identidad y de cultura nacional del liberalismo oligárquico ⁷.

3. Encuentro de generaciones

La madurez de los escritores de la generación del Olimpo coincide con la juventud de una nueva generación de escritores, cuyas producciones iniciales comienzan a circular en las dos primeras décadas del siglo. Entre ellos figuran los poetas y narradores, Roberto Brenes Mesén (1874-1947), José María (Billo) Zeledón (1877-1949), Joaquín García Monge (1881-1956), Carmen Lyra (1888-1949), Luis Dobles Segreda (1889-1956); los dramaturgos Daniel Ureña (1876-1932), José Fabio Garnier (1880-1956), los ensayistas Omar Dengo (1888-1928) y Mario Sancho (1889-1948).

La formación del Olimpo coincidió con la edificación eufórica de estado liberal oligárquico. El nuevo núcleo generacional se forma durante las primeras grandes crisis y desgarramientos del régimen liberal y del capitalismo agrario dependiente. En primer lugar, la consolidación de un enclave bananero más poderoso que el propio estado nacional durante el cambio

del siglo. En segundo lugar, las crisis económicas provocadas por descenso en los precios del café y la crisis de 1914 provocada por el cierre de los mercados europeos al iniciarse la Primera Guerra Mundial. En tercer lugar, la crítica al estado liberal y las reformas tributarias propuestas por el presidente Alfredo González Flores (1914-1917) para enfrentar la crisis, y su corolario: la dictadura de Tinoco (1917-1919) impuesta por la oligarquía liberal, aliada a las transnacionales del banano y del petróleo, para combatir esas reformas.

Al desgarramiento provocado por las crisis y conflictos económicos y sociales internos, se sumó el desconcierto provocado por graves transformaciones y acontecimientos históricos internacionales: la Primera Guerra Mundial, la Revolución Mexicana, la Revolución Rusa y los movimientos revolucionarios en Europa, por una parte; las crecientes intervenciones políticas y ocupaciones de los Estados Unidos en México, en el Caribe y en Centroamérica, por otra parte (Quesada 1988).

En términos generales todos esos acontecimientos históricos apuntaban a señalar la fragilidad del flamante estado nacional, y los límites del "nacionalismo" de la oligarquía liberal, que se había mostrado dispuesta a hipotecar la patria o a instaurar la dictadura para proteger sus negocios o mantener sus privilegios. "Nada es más funesto para una comunidad -afirmaba García Monge en 1921- que las oligarquías vanidosas y ambiciosillas que convierten el gobierno en un bien privado y no en lo que debe ser, un bien público; y anteponen sus egoísmos repugnantes y sin escrúpulos a la suerte misma de la Patria" (García 1974: 205).

En forma paralela, desde finales del siglo XIX se había iniciado un creciente proceso de expropiación de los pequeños productores campesinos por parte de los grandes cafetaleros. A principios de siglo se percibían ya evidentes signos de proletarización, fenómeno que afectaba a campesinos desposeídos, transportistas sustituidos por el ferrocarril y artesanos desplazados por los productores de importación o las incipientes manufacturas e industrias. En las ciudades y especialmente en San José, aparecía un nuevo grupo social, la "plebe" urbana ya mencionada, constituida por artesanos, trabajadores asalariados, y empleados varios, azotados por la marginación, los bajos salarios, la explotación de la mano de obra femenina e infantil, la inseguridad laboral y el desarraigo psicológico y moral ⁸.

Estos grupos de trabajadores urbanos formaron las primeras organizaciones gremiales sindicales, e iniciaron las luchas y protestas populares para lograr reformas que les garantizaran trabajo, un salario justo, una voz en el concierto nacional, y el derecho a una vida mejor y más sana. A ellos se unieron algunos intelectuales radicalizados, casi todos escritores y maestros, cuyas concepciones ideológicas -que ellos mismos calificaban indistintamente de "libertarias", "ácratas", "anarquistas" o "socialistas"- se acercaban a las aspiraciones de justicia social y renovación política que defendían los grupos populares. Esos jóvenes "ácratas" se agruparon alrededor de la revista *Renovación* (fundada en 1911); y del *Centro de Estudios Sociales Germinal* (fundado en 1912); este último organizó cursos, conferencias, y una biblioteca obrera, y junto con la recién fundada Confederación General de Trabajadores llamó a celebrar por primera vez el Día de los Trabajadores, el 1 de mayo de 1913, con manifestaciones, desfiles, discursos y conferencias. Entre los fundadores del Centro Germinal figuraron varios de los escritores de la nueva generación que iniciaban entonces su carrera literaria, como Joaquín García Monge, José María Zeledón, Carmen Lyra, y Omar Dengo (Quesada 1988; Morales 1993).

Todos esos hechos y transformaciones, en su conjunto, pueden ser relacionados con una honda crisis de identidad que se expresa en al conciencia histórica de los jóvenes costarricenses: crisis que desemboca en una actitud más radical y crítica hacia la validez o la perennidad del paraíso cafetalero y las "tradiciones y costumbres" que el liberalismo oligárquico pretendiera introyectar como nacionales. "Yo creo que los valores tradicionales se revisarán con los años, a medida que se estudie y se reflexione más, y entonces muchos de los cultos oficiales de la actualidad, por ficticios y nocivos caerán; para dar campo a otros cultos más naturales, más hermosos y más justos", afirmaba García Monge en 1913, en su conferencia "A propósito del 1 de mayo" (García 1974: 245). La revista *Repertorio Americano* fundada por García Monge en 1919, editada y dirigida por él hasta su muerte en 1958, se convirtió, para los escritores e intelectuales costarricenses de esa nueva generación - y de las siguientes-, en el símbolo de la renovación ideológica que se iniciaba y en el sustento de un prodigioso diálogo donde se discutieron y relacionaron los asuntos nacionales, continentales e internacionales con una variedad, amplitud y riqueza inusitadas en Costa Rica. Por esta razón, siguiendo una terminología adoptada en el trabajo *El tinglado de la eterna comedia. Teatro costarricense 1890-1950* (Rojas y otros 1955), llamaremos a este nuevo grupo generacional la "generación del Repertorio".

Las concepciones ideológicas de la generación del Repertorio se alejaron del liberalismo y el positivismo de la generación del Olimpo, para buscar en el modernismo hispanoamericano, el espiritualismo teosófico, el decadentismo europeo del cambio de siglo, el idealismo arielista de Rodó, el anarquismo de Kropotkin, o el cristianismo socialista de Tolstoi, nuevos modelos de comunicación y relación humana, opuestos, tanto al tradicionalismo oligárquico - con su concepción jerárquica y autoritaria del orden social- como al oportunismo burgués, con su concepción utilitaria y mercantilista de las relaciones humanas (Quesada 1988; Morales 1993). En las representaciones de los jóvenes escritores se advierte una disyunción entre el progreso económico ("material") y el progreso social y humano ("espiritual"). Los valores y el orden social que el Olimpo reconoció como "edad de oro" de las costumbres costarricenses -garantía de moralidad y de identidad nacionales- aparecen para la nueva generación como normas represivas y enajenantes, imposiciones autoritarias que obstruyen y entorpecen el pleno desarrollo espiritual e intelectual del hombre, legitimación del dogma y la arbitrariedad, la crueldad o la injusticia. En un artículo de 1911, José María Zeledón enfatizaba la función deshumanizante de todo principio de autoridad cuya psicología carece de rasgos humanos y se confunde con las alimañas... Su oficio es oficio de verdugos. El dolor ajeno no roza jamás su dura epidermis... La psicología de la autoridad está precisamente en... ser imparcial a costa de la humanidad, en ser recta a costa de todo sentimiento, en ser justa a costa de la libertad y de la vida de los hombres... Por el bien de la humanidad, será menester aplastar al monstruo" (Zeledón 1979: 185-6).

La posibilidad de acceso a una "edad de oro" -un mundo donde coincidan las urgencias internas con las exigencias externas - ya no se encuentra asociado a la restauración en el presente de las tradiciones y costumbres del pasado, sino al rompimiento con los valores vigentes: a la instauración en el futuro de nuevas formas de relación humana, o al refugio en un mundo ideal hilvanado por el arte, el pensamiento o la memoria.

A diferencia del Olimpo, que debió establecer su práctica literaria sin contar con modelos previos, los jóvenes escritores parten del modelo que había elaborado la generación del Olimpo, asimilándolo, reformulándolo o polemizando con él. Si bien en los autores de la gene-

ración del Repertorio se advierte la misma oscilación del Olimpo entre los usos propios y los modelos ajenos (17), sus textos muestran diversos grados de rompimiento o reorientación polémica con respecto a los modelos de identidad o realidad nacionales elaborados por sus mayores.

La imagen de la sociedad costarricense que ofrecen las obras de esta nueva generación parte de una redistribución y una reorientación de los discursos y modelos literarios que fundó la generación del Olimpo. La oposición fundamental entre discurso tradicional y discurso modernizante, se enriquece, en los textos de la generación del Repertorio, con una nueva oposición. Por un lado, un discurso que podría denominarse "oficial" -el discurso del poder, enajenante y autoritario- reúne aspectos que el Olimpo consideraba antitéticos: la tradición oligárquica y los valores de cambio burgueses. Ese discurso oficial se opone a un nuevo discurso que pudiera denominarse "espiritual", donde se esboza un nuevo orden social, basado en la razón, la justicia o la solidaridad como criterios fundamentales de relación humana, cuya defensa exige la transgresión o la ruptura con los valores y prácticas oficiales.

Este último discurso introduce en la literatura costarricense un tema inédito, la injusticia social, y un nuevo sujeto social, el pueblo; ambos habían sido reprimidos o discriminados (el primero excluido, el segundo reducido al rango de objeto pintoresco) en el modelo de identidad y literatura nacionales del Olimpo. Muchos de estos nuevos textos expresan una mayor identificación con personajes femeninos y populares (especialmente las obras de Lyra, García Monge, Garnier, Ureña), los que pasan a ocupar papeles protagónicos y a expresar un punto de vista disonante con el discurso y la moral oligárquicos. El nuevo discurso ofrece también otro enfoque de la relación entre la conciencia individual y las convenciones sociales establecidas, hecho que varía sustancialmente el concepto de identidad que proponían las obras del Olimpo.

Con base en esas transformaciones, los jóvenes recogen, reorientan y reconstruyen la mayor parte de los temas y motivos mediante los cuales la generación anterior había elaborado su primer modelo literario de realidad nacional.

Modificaciones muy significativas tuvieron lugar en el "cuadro de costumbres" y la "crónica" o "tradición" histórica, géneros que el Olimpo utilizó como vehículo adecuado para expresar su nostalgia por la restauración de la "edad de oro" de las costumbres oligárquicas. En algunos autores jóvenes -especialmente en Dobles Segreda- no deja de haber una cierta apolo-gía o visión idealizada del pasado reconstruido por la memoria; pero ese pasado se evoca en estas obras como un mundo ideal completamente perdido e irrecuperable, contrapuesto a un presente degradado y "enfermo".

En el cuadro de costumbres de la generación del Repertorio, el campesino folclórico, estereotipado y pintoresco del Olimpo, cede el paso a una "plebe" de marginados urbanos desarraigados, humillados y tristes: campesinos o artesanos desplazados en busca de cualquier oficio, ancianos mendigos, mujeres desvalidas, niños solitarios y desamparados, soñadores, locos o enajenados, inválidos del cuerpo y del alma; seres cuya pobreza, inocencia, marginalidad o desamparo, los enfrenta a la brutalidad o la inclemencia de un mundo inhumano, grosero, hostil, ajeno a sus necesidades y aspiraciones. En los cuadros de costumbres de la nueva generación, el personaje empieza a manifestarse como un sujeto individual, dotado de un mayor grado de conciencia y voz propia, que se asoma con su palabra al mundo: con respecto a él la voz anónima de las tradiciones y costumbres se manifiesta como una voz autoritaria y ajena (aunque exige ser asimilada como propia). La voz oligárquica ya no es una autoridad unívoca, que

ostenta el monopolio de la identidad nacional, la moralidad, y el orden social, absorbiendo en su anonimato la conciencia del personaje. La voz subjetiva del personaje se resiste a disolverse en la voz anónima y generalizadora de las tradiciones y costumbres oligárquicas. La autoridad monológica ejercida por estas últimas -antes garantía de objetividad, identidad y orden- comienza a manifestarse, frente al personaje-sujeto, como una voz ajena, impostura arbitraria y enajenante, que limita y coarta la plena expresión de la nueva palabra subjetiva. La apreciación del orden social "objetivo" como voz ajena y hostil varía en estos relatos, desde la forma más o menos vaga de una "mala sombra" -fuerza inescrutable e ineludible del destino o la adversidad- hasta la denuncia de relaciones socio-económicas concretas que despojan, oprimen o marginan a los personajes. La respuesta de los personajes ante esta voz autoritaria, varía también desde un desasosiego triste o resignado hasta el suicidio o la rebelión: los relatos *La mala sombra*, *El difunto José*, y *Proscritos* de García Monge, muestran los diversos grados de esa reacción.

En las obras de la generación del Repertorio -sobre todo en la novela y el teatro- reaparece el eje temático que representaba la disgregación del núcleo familiar, como expresión simbólica de las transformaciones que se gestan en la identidad costarricense. Pero aquí, a diferencia de la oposición que establecía el Olimpo entre tradiciones nacionales y prácticas exóticas, se expresa más bien una pugna en el interior del propio organismo nacional, entre prácticas sociales opuestas acerca del amor, el matrimonio o la familia (Quesada 1990). Ese conflicto implica también una oposición entre la conciencia subjetiva y las convenciones sociales dominantes, y un choque entre distintos modelos de identidad.

Estos textos manifiestan una actitud más compleja y algo ambigua hacia la concepción tradicional del matrimonio y la familia. Si bien predominan ciertos estereotipos patriarcales sobre la "honra", la virginidad femenina y la fidelidad conyugal, por otra parte se defiende la "unión libre" -matrimonio sancionado por el amor entre los cónyuges y no por la autoridad oficial (padre, juez o sacerdote)- al mismo tiempo que se somete a crítica la endogamia oligárquica y algunos estereotipos sexistas del Olimpo. En términos generales, estos textos denuncian la concepción oligárquica tradicional del matrimonio endogámico como un prejuicio arbitrario y deshumanizante, contra el cual se rebela la razón o el sentimiento. El criterio de identidad o legitimidad moral no reside ya enteramente en la obediencia al rito exterior y la costumbre, sino más bien en la conciencia subjetiva, que sólo muy parcialmente coincide con los valores de la moral tradicional. Poemas de Zeledón, relatos de García Monge, Lyra, Gonzalo, Sánchez, Bonilla (Quesada 1988), dramas de Ureña, Garnier, Martín (Martén), Calsamiglia (Rojas y otros 1995), muestran distintas versiones de esta nueva actitud.

En conformidad con esos cambios aparece también una sensible reorientación del sentido en los principales motivos que introdujo la generación del Olimpo.

El dinero y los valores de cambio que los textos del Olimpo concebían como un poder opuesto y ajeno a las costumbres tradicionales, aparecen ahora como elementos aliados -igualmente enajenantes y arbitrarios- conformando el poder unificado del orden oficial oligárquico. Desde este punto de vista, el poder del dinero deja de ser, como era en los textos del Olimpo, un problema moral para convertirse en un problema social, ligado a relaciones de dominio, dependencia y explotación entre los grupos dominantes y los grupos marginados. Al mundo de las tradiciones y costumbres oficiales, regido por el poder del dinero y los prejuicios sociales, se opone en estos textos el dictado de la conciencia, que se concibe como receptáculo de los autén-

ténticos valores y sentimientos humanos. Así se pudo apreciar en las novelas y relatos de García Monge, Carmen Lyra o Sánchez Bonilla, en los dramas de Daniel Ureña (*Maria del Rosario* y *Los huérfanos*) y de José Fabio Garnier (*El retorno* y *¡Nada!*)

Este motivo, que representa al dinero y la desigualdad social como dos aspectos de un mismo poder que degrada y prostituye las relaciones humanas, se asocia en algunos textos de la generación del Repertorio con la oposición campo-ciudad, con connotaciones muy distintas de las que adquiriría la asociación del motivo del dinero y el motivo del gamonal en las obras del Olimpo. En los jóvenes autores esa asociación se convierte en una denuncia de las relaciones de injusticia y desigualdad entre las clases sociales (oligarquía urbana y el campesinado). Así aparece, por ejemplo, en *Hijas del campo* de García Monge, *Los huérfanos* de Ureña o *El pobre manco* de Sánchez Bonilla.

El motivo de la influencia extranjera, ligado al problema de la identidad y la soberanía nacionales, no aparece ya, como aparecía en los textos del Olimpo, en los términos ambiguos de la oposición "arielista" entre el humanismo latino y utilitarismo sajón. Cuando reaparece en *Bananos y hombres* (1931) de Carmen Lyra -como más tarde en *Mamita Yunai* (1941) de Carlos Luis Fallas- va a estar asociado a la vida de los trabajadores bananeros y las reivindicaciones obreras, y ya no a la conservación del modelo de identidad nacional que defendían los intelectuales oligárquicos, protagonistas de las novelas del Olimpo.

El motivo de las relaciones eróticas también sufre transformaciones notorias. En las novelas del Olimpo, como regla general, la conservación de la identidad personal o nacional, se identificaba con el respeto a los estereotipos oligárquicos que regían las relaciones matrimoniales, familiares y sexuales (matrimonio endogámico, tabú de la virginidad femenina, sumisión de la mujer al varón, de los hijos a los padres, del deseo individual a la autoridad de la tradición y la costumbre). El refugio de la moral y la auténtica identidad se ubica ahora en el interior de la conciencia (los dictados del sentimiento o del deber), y no en la autoridad externa (el respeto a las convenciones socio-económicas dominantes). En estos textos aparece con frecuencia la oposición entre dos tipos de enlace familiar: el endogámico oficial y el enlace por amor; el último tiende a romper con las normas autoritarias que rigen el primero y a instaurar un nuevo modelo de unión familiar, libre de las convenciones socio-económicas o religiosas y regido por el amor y la solidaridad entre sus miembros.

En las obras de la generación del Repertorio, el motivo erótico se asocia con frecuencia a los motivos del dinero y de las relaciones campo-ciudad con un sentido inédito, que no tuvieron nunca en los textos del Olimpo. Mientras que en estos últimos la asociación de esos motivos contribuía a defender la subordinación tradicional del campesino a la oligarquía y de la mujer al varón, las obras del Repertorio denuncian cómo el poder del dinero y del privilegio social conspiran para convertir al sujeto de la clase y género subordinados (mujer pobre o campesina) en objeto de placer al servicio de la clase o género dominante (hombre oligarca). Los conflictos eróticos reproducen aquí, denunciándolas, las relaciones (económicas, políticas y sociales) asimétricas, que garantizan poder e impunidad a los miembros de los grupos dominantes y condenan a la servidumbre y el desamparo a los subordinados. Así aparece desarrollado este motivo, con diversos matices, en las novelas y relatos de García Monge y Carmen Lyra, en las obras de teatro de Ureña, Sánchez Bonilla, Ernesto Martín (Martén) y el primer Garnier. Obras como *Hijas del campo* y *Abnegación* de García Monge, *En una silla de ruedas* y *¡Todos irresponsa-*

bles! de Lyra, *La esclava*, *El retorno*, *La última escena*, *El talismán de Afrodita* de Garnier, tienden a considerar como un acto de inhumanidad el engaño, el repudio -ya por egoísmo ya por respeto a las convenciones sociales- de la mujer "caída" o de la madre soltera. Un enfoque "feminista", que explora la denuncia de las humillaciones y frustraciones producidas en las mujeres por la discriminación sexual, social e intelectual a que se encuentran sometidas, es frecuente sobre todo en al obra de Carmen Lyra (además de las obras mencionadas anteriormente, en: *Las madamas Rovary*, *¿Qué habrá sido de ella?*, o en algunos relatos de las series *Siluetas de la maternal* y *Bananos y hombres*).

Como se puede colegir de lo expuesto, la generación del Repertorio recoge la mayor parte de los temas y motivos elaborados por la generación del Olimpo, pero los somete a una reelaboración y reorientación, de acuerdo con su nueva experiencia histórica y sus nuevos planteamientos ideológicos. Los mismos motivos se llenan con nuevos contenidos y adquieren nuevos significados, en algunos casos muy diferentes a los que tenían originalmente en las obras de los mayores. En estas, aquellos motivos tenían como función primordial la legitimación del orden oligárquico, la supremacía de la tradición y la costumbre sobre la conciencia individual, aspectos que se afirmaban como garantía del mantenimiento de la integridad social y la identidad nacional. La generación del Repertorio, en términos generales, denuncia, denuncia esas tradiciones y costumbres oficiales como opresivas y enajenates, y reconoce más bien la supremacía de la conciencia individual sobre las convenciones sociales establecidas.

Lo expuesto anteriormente está lejos de agotar el tema y se limita al espacio muy corto de dos generaciones; continuar el estudio hasta el presente está fuera de las posibilidades y pretensiones de este trabajo. Se ha escogido este período por ser el de los orígenes; lo que permite analizar mejor el proceso de formación de un modelo de identidad y de literatura nacionales y sienta las bases para el estudio y evolución de otros modelos posteriores.

Notas

1. Este artículo retoma, aunque enfocándolos desde un ángulo distinto, algunos problemas tratados por el autor en: Quesada Soto 1986, 1988, 1989 y 1992. Especialmente ricos en ideas y sugerencias han sido otros trabajos recientes de Morales 1993; Ovares y otros 1993; Ovares 1994.
2. Un buen resumen de los factores históricos que intervinieron en el proceso de formación de los primeros modelos de identidad nacional en Costa Rica, se puede encontrar en Palmer 1992 y Molina 1993.
3. Sobre el papel de la educación como instrumento de control ideológico, ver p. ej: Churnside 1985 y Fischel 1987.
4. Aplicamos aquí, aunque reformuladas en concordancia con el caso específico costarricense, algunas reflexiones de Bajtín 1989. Una aplicación de esas mismas ideas, no del todo coincidente con la nuestra, se encuentra en: Ovares y otros 1993.
5. Amer [seudónimo de Carlos Gagini]. 1894: 134. Para un análisis más amplio de la polémica consultar: Quesada 1986: 97-119. Una interpretación no del todo coincidente con la nuestra se ofrece en Ovares y otros 1993: 128-141.
6. Sobre los usos indiscriminados del lenguaje y la representación del campesino en la literatura de la época, ver: Gastón Gaínza 1981; Quesada 1986: caps. II-III y 1988: cap. III.

7. Sobre el enfrentamiento entre el "proceso de unificación ideológica" y la "conciencia crítica" en los inicios de la novela costarricense, ver las sugerentes y agudas reflexiones de Sonia Marta Mora 1987: 247-251.
8. Sobre los movimientos populares artesano-obreros y la luchas sociales e ideológicas de esta época, ver principalmente: Cruz 1980 y 1985; Fallas Monge 1983; Acuña 1986; CECADE 1986; Quesada 1988; Morales 1993.
9. Así, por ejemplo, H. Alfredo Castro (1889-1966), uno de los más prolíficos dramaturgos de esta generación, escribía sus obras en francés, y argumentaba la necesidad de practicar una literatura "abstracta", que tratara los problemas psicológicos o filosóficos de "una humanidad en general de tipo clásico", como única manera de acceder a la cultura universal en un país carente de una tradición literaria semejante a la europea: "...Toda creación literaria se inspira, que lo queramos o no, en el fondo intelectual que nos ha formado: en Costa Rica, por el idioma le somos deudores a España y por afición a Francia: esas serían las dos corrientes que podrían constituir nuestro patrimonio tradicional y le toca al escritor escoger entre la cultura española y la francesa. Ni la una ni la otra le pueden satisfacer: pues escribir en nuestro país obras españolas sería un error y escribirlas francesas también lo sería aunque en menor escala. No le queda más al dramaturgo que ir hacia una humanidad en general, de tipo clásico, es decir, hacia una dramaturgia abstracta..." (Castro 1956: 15. Destacado del original).

Bibliografía

- Acuña, Victor Hugo. 1986. *Los orígenes de la clase obrera en Costa Rica : las huelgas de 1920 por la jornada de ocho horas*. San José: CENAP-CEPAS.
- Anderson, Benedict. 1983. *Imagined Communities*. London: Verso.
- Bajtín, M.M. 1989. *Teoría y estética de la novela*. Madrid: Taurus.
- Casement, Gray. 1905. "A Central American Arcadia". En: Fernández Guardia, Ricardo. *Cuentos Ticos. Short Stories of Costa Rica*. Cleveland: The Burrows Bros.
- Castro Fernández, H.A. 1956. "El teatro de José Fabio Garnier". *Brecha*. 1, 3:15
- CECADE. 1986. *Historia gráfica de las luchas populares en Costa Rica*. San José: Ed. Porvenir.
- Cruz, Vladimir de la. 1980. *Las luchas sociales en Costa Rica*. San José: Ed. Universidad de Costa Rica.
- _____. 1985. *Los mártires de Chicago y el 1 de mayo de 1913*. San José: Editorial Costa Rica.
- Churnside, Roger. 1985. *La formación de la fuerza laboral costarricense*. San José: Editorial Costa Rica.
- Durán Luzio, Juan. 1985. "Estados Unidos versus Hispanoamérica: en torno a la novela del 98". *Casa de las Américas*. 153: 121-127.

- Fallas Monge, Carlos L. 1983. *El movimiento obrero en Costa Rica (1830-1902)*. San José: EUNED.
- Fernández Guardia, Ricardo. 1894. "El nacionalismo en literatura". *El Herald de Costa Rica*, 24 de junio de 1894: 2.
- Ferrero, Luis. 1986. *Sociedad y arte en la Costa Rica del siglo XIX*. San José: EUNED.
- Fischel, Astrid. 1987. *Consenso y represión*. San José: Editorial Costa Rica.
- Gaínza, Gastón. 1981. "Apuntes para el estudio del contenido de *Magdalena*". *Escena*. 3, 5: 40.
- García Monge, Joaquín. 1974. *Obras Escogidas*. San José: EDUCA.
- Molina Jiménez, Iván. 1993. "Los pequeños y medianos caficultores, la historia y la nación. Costa Rica (1890-1950)". *Caravelle* (Toulouse), 61, 61-73.
- Mora, Sonia Marta. 1987. "Joaquín Gutiérrez y la culminación de la novela costarricense". *Revista Iberoamericana*. 53, 138-139: 245.
- Oliva, Mario. 1985. *Artesanos y obreros costarricenses*. San José: Editorial Costa Rica.
- Ovares, Flora. 1994. *Literatura de kiosco. Revistas literarias de Costa Rica*. Heredia: EUNA.
- Ovares, Flora y otros. 1993. *La casa paterna*. San José: Editorial Universidad de Costa Rica.
- Palmer, Steven. 1992. "Sociedad anónima, cultura oficial. Inventando la nación en Costa Rica". En: Palmer y Molina (eds). *Héroes al gusto y libros de moda*. San José: Editorial Porvenir.
- Quesada Pacheco, Miguel Ángel. 1989. "Actitudes hacia el habla campesina de Costa Rica a través de su historia". *Herencia*. 1, 2: 72-74.
- Quesada Soto, Álvaro. 1986. *La formación de la literatura nacional costarricense*. San José: Editorial Universidad de Costa Rica.
- _____ 1986b. "Temas y variaciones en los inicios del teatro costarricense". *Escena*. 9, 16: 39-43.
- _____ 1988. *La voz desgarrada*. San José: Editorial Universidad de Costa Rica.
- _____ 1989. *Antología del relato costarricense (1890-1930)*. San José: Editorial Universidad de Costa Rica.

- _____ 1990. "El amor, el matrimonio y la familia en los inicios de la literatura costarricense". *Memoria del IV Congreso Nacional de Filología, Lingüística y Literatura*. San José: Universidad de Costa Rica, 1990.
- _____ 1992. "Identidad nacional y literatura nacional: la generación del Olimpo". *Canadian Journal of Latin American and Caribbean Studies*. 17, (34) 97-113.
- _____ 1993. "Magdalena: un drama en busca de nacionalidad". En: Fernández Guardia R. *Magdalena*. San José: Editorial Universidad de Costa Rica.
- Rojas, Margarita y otros. 1995. *El tinglado de la eterna comedia. El teatro costarricense (1890-1950)*. Heredia: EUNA.
- Zeledón, José María. 1979. "Psicología de la autoridad". En: *Poesía y prosa escogida*. San José: Editorial Costa Rica.